



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Myers, Jorge

Dilemas actuales de la historia intelectual latinoamericana. Una conversación con Elías Palti y Jorge Myers



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Myers, J., Palti, E. J., Fernández García, M., Milano, A. y Torres, P. (2023). Dilemas actuales de la historia intelectual latinoamericana. Una conversación con Elías Palti y Jorge Myers. *Revista Intercambios*, 8(1), 14-32. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/5204>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Dilemas actuales de la historia intelectual latinoamericana. Una conversación con Elías Palti y Jorge Myers



Jorge Myers

Licenciado y magíster en Historia por la Universidad de Cambridge y la Universidad de Stanford. Es autor de *Orden y virtud: el discurso republicano del régimen rosista*; es compilador del tomo I de *Historia de los intelectuales en América Latina* y autor de numerosos artículos en revistas especializadas. Myers es profesor titular en la Universidad Nacional de Quilmes, ha sido *Tinker Visiting Professor* en la Universidad de Chicago, profesor "Chaire des Amériques" en Paris-Sorbonne y profesor visitante en PUC/Río de Janeiro.



Elías Palti

Doctor en Historia por la Universidad de California en Berkeley, ha realizado estudios posdoctorales en El Colegio de México y en la Universidad de Harvard. Es docente en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), en la Universidad de Buenos Aires (UBA) e investigador de Conicet. Entre sus libros más importantes se hallan *Giro lingüístico e historia intelectual*, *Aporías*, *Verdades y saberes del marxismo* y *Una arqueología de lo político*. Ha publicado más de 90 artículos en revistas especializadas de 18 países y ha sido ganador del Premio "Leopoldo Zea", edición 2021.



Magdalena Fernández García

Arquitecta de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de la República, Uruguay (FADU, UdelaR), estudiante de la Maestría en Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Argentina. Es integrante del Instituto de Historia de la FADU-UdelaR. Es docente ayudante en tres unidades curriculares dedicadas a la Historia de la Arquitectura del siglo XX. Publicó “El socialismo es acción: los socialistas uruguayos y el modelo vienés” (Revista *Vitruvia* 3, 2017) y, en coautoría, *Liga de la Construcción del Uruguay: 100 años* (2019). Es responsable del proyecto de investigación *Walter Domingo y los Centros de Barrio de Tacuarembó*, financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC).

Adriana Milano

Doctora en Historia, licenciada en Historia y contadora pública por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Es docente de grado en la Facultad de Humanidades y Artes (UNR). Es investigadora del IECH (CONICET-UNR). Ha publicado artículos y reseñas en revistas del país y del exterior; es coautora de capítulos en obras colectivas y de un libro de su autoría dedicado a la figura del gobernador santafesino Francisco Antonio Candiotti (Prometeo Editorial, 2021). En el marco de la tesis de maestría en Historia Intelectual de la UNQ, investiga los usos del incaísmo en el contexto intelectual y político rioplatense de las primeras décadas del siglo XIX.



Pablo Torres

Profesor de Historia por la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (UNR) y becario doctoral por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con lugar de trabajo en Investigaciones Socio Históricas Regionales (ISHIR), Rosario. Se desempeña como docente de nivel medio y universitario en la Facultad de Humanidades y Artes (UNR). Ha indagado en torno a la relación entre las organizaciones político-militares y el movimiento obrero, como también en aspectos y trayectorias de las culturas de izquierdas. Actualmente desarrolla su tesis de maestría y doctorado sobre el itinerario político-intelectual de Luis Franco.

¿Cómo sintetizaría su recorrido personal en la historia intelectual? ¿Cuáles fueron algunas de las grandes influencias –desde libros, espacios a docentes– que marcaron su recorrido por la historia intelectual?

Elías Palti: En mi adolescencia estudiaba música al mismo tiempo que desarrollaba una actividad política. Esto último me llevó a interesarme en cuestiones referidas a la teoría política y la teoría de la historia, que, en realidad, se conjugaban bien con mis preocupaciones estéticas derivadas de mi vocación como músico vinculado, además, al teatro (en esos años compuse música para varias de las obras de un grupo de teatro alternativo). Mis lecturas eran así más bien eclécticas y dispersas. Además de los clásicos del pensamiento de izquierda, me interesaban algunas de las corrientes más recientes en el campo de las humanidades, particularmente, la semiótica (sobre todo, la obra de Eco, Cerroni y Kristeva) y la epistemología (especialmente, la francesa). Tuve también una etapa de entusiasmo desbordado con todo aquello vinculado con el llamado estructuralismo genético y, en particular, con la obra de Piaget, que prácticamente devoré entera. Poco a poco, las preocupaciones político-intelectuales me fueron absorbiendo e hicieron que mi vocación por ser músico se fuera oscureciendo. Por momentos recuerdo con añoranza los años de estudio en el Conservatorio Nacional, siempre rodeado de música. Pero lo cierto es que mis intereses teóricos se fueron ampliando y todo ya no cabía en un solo cuerpo y una sola cabeza. Al final, una vez vuelta la democracia, me decidí a iniciar estudios más sistemáticos e ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Dudé al inscribirme entre la filosofía y la historia, pero me incliné por la última ya que me interesaba darle cierta encarnadura empírica a los debates teóricos.

Según recuerdo, fueron años muy intensos, de gran agitación intelectual, luego de los tiempos oscuros de la dictadura. El regreso a la universidad de toda una gene-

ración de docentes exiliados o apartados del medio académico (como Terán, Sazbón, Altamirano, Sarlo, Sábato y tantos otros) fue un impulso decisivo para la renovación de los estudios en el área de las humanidades, y esto nos infundió un entusiasmo, una avidez, particularmente notable entre los que entonces éramos estudiantes. Vimos allí la oportunidad de internarnos en terrenos intelectuales muy diversos y novedosos para nosotros. El recuerdo que tengo de esos años es mi imagen frente a la lista de cursos y seminarios ofrecidos y el impulso de inscribirme en todos ellos. Esto me llevó a incursionar por diversos campos. Me anoté en cursos y seminarios de otras carreras, además de Historia, como Letras y Filosofía. Varios en el área de filosofía de la ciencia. Me familiaricé así con la línea de pensamiento que va de Carnap a Feyerabend, pasando por Popper, Lakatos, Kuhn, y, sobre todo, con la llamada “concepción no-enunciativa” de las teorías científicas de Wolfgang Stegmüller y el “círculo de Berlín”, cuya obra estudié de forma minuciosa.

Ya hacia el final de mi carrera me convocó Terán para incorporarme a la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano y fue allí que creí encontrar finalmente aquello que me motivó todos esos años. De algún modo, según descubrí en ese momento, la historia intelectual era, justamente, ese cruce entre historia y teoría que buscaba. También por impulso de Terán, comencé a leer la obra de Foucault. *Las palabras y las cosas* me marcó profundamente hasta el día de hoy. De hecho, me permitió integrar esos recursos y herramientas conceptuales dispersas que había adquirido en ese intrincado recorrido mío por los claustros universitarios. Si tuviera que resumir hoy cuál creo que ha sido, a la sazón, mi aporte a la historia intelectual, diría que fue el haber completado y, en cierta forma, refinado, el proyecto foucaultiano de una “arqueología del saber.” En todo caso, entiendo que el trazado que Foucault realiza por los diversos regímenes de saber, convenientemente reformulado, ofrece aun hoy un marco fundamental para elaborar una pers-

pectiva más compleja y un mayor rigor histórico en los estudios en el área.

Un punto de inflexión importante en mi trayectoria intelectual fue el momento en que comencé a escribir mi tesis de Licenciatura, primero, y de Maestría, luego. En ellas estudiaba al pensamiento romántico en Argentina, y debo decir que la primera sensación que tuve fue de una enorme decepción. Prácticamente todos los estudios al respecto, salvo muy pocas excepciones, y la mayoría provenientes por fuera del ámbito de la historia, giraban en torno de una misma preocupación: el determinar si el pensamiento de autores como Sarmiento o Alberdi era más historicista que iluminista, o viceversa, o una mezcla ecléctica entre historicismo e iluminismo. Incluso uno de los fundadores de la historia de ideas en Argentina formuló esto en términos de porcentajes relativos. Las ideas de tal autor, decía, eran 80% historicistas y 20% iluministas, las de tal otro 40% historicistas y 60% iluministas, y así sucesivamente. Esto era ya una exageración, pero lo cierto es que llegó un punto en que estaba harto de ver repetido siempre lo mismo, la misma discusión acerca de cuán romántico o cuán ilustrado era tal o cual autor. Aun cuando me dispusiera a hallar nuevas ideas y temas, tan pronto como avanzaba en la lectura de la bibliografía especializada, me invadía siempre esa horrible sensación: “no, de nuevo no!!!”. Definitivamente, no era eso lo que me interesaba escribir. Me prometí que antes de ponerme a discutir si Sarmiento o Alberdi eran más iluministas que historicistas, o viceversa (o algunas de las antinomias correlativas que articulaban los estudios en el área de la historia de ideas), prefería salir a manejar un taxi...

Entonces sabía ya qué *no* quería decir, pero todavía me faltaba saber qué quería decir, qué otras preguntas se le pueden hacer a los textos que no sean esas. Es aquí que ese malestar dio lugar a una búsqueda teórica. Mi estadía en Berkeley fue, en ese sentido, clave. Para quienes no tuvieron esa experiencia, es difícil imaginar la sensación

que produce el tener la oportunidad de estudiar en un lugar así. Encontrarme solamente ante una biblioteca con diez millones de volúmenes, donde estaba todo lo que podía llegar a querer leer y, por supuesto, mucho más que ni siquiera imaginaba, era, como decía Borges, lo más cercano al Paraíso. Quería fotocopíarmelos todos. Lo cierto es que, en un campus como ese, uno puede encontrar trabajando allí, en el área que se le ocurra, siempre a alguno de sus referentes fundamentales. Tuve, en fin, la oportunidad de trabajar con docentes e intelectuales excepcionales, como Tulio Halperin Donghi, que fue mi director de tesis de doctorado, Martin Jay y Julio Ramos, quienes formaron parte de mi comité de tesis, y tantos otros. El punto es que allí pude conocer y profundizar en la obra de aquellos autores que por esos años habían renovado de manera decisiva los estudios en el campo de la historia intelectual, como Skinner, Pocock, Kosselleck, Blumenberg, etc. Y estas lecturas me permitieron elaborar un cierto marco teórico a partir del cual plantear otros interrogantes a los textos que no fueran aquellos ya trillados y propios de la “vieja” historia de ideas. Esta, pues, fue la base a partir de la cual se habría luego de desplegar mi obra posterior.

Jorge Myers: El trabajo del historiador (o de la historiadora) se produce, siempre, de forma situada: en un tiempo y en un lugar específicos que le han tocado, a él o a ella, ocupar un poco por azar y un poco como el resultado de decisiones concretas a lo largo del tiempo. El hecho es que nadie, cuando es niño, comienza su vida pensando que quiere ser historiador/a intelectual cuando sea grande. Mi propio recorrido escolar y académico -que me ha llevado a especializarme en la historia intelectual- ha sido el producto, primero, de afinidades electivas que se han dado -sobre todo al principio- de forma bastante azarosa; segundo, de la insatisfacción que me producía la hegemonía (en el ámbito universitario anglosajón donde cursé mis estudios de grado) de la historia social y económica (en desmedro de toda

reflexión historiográfica sobre lo político o lo cultural); y, tercero -ya como estudiante de doctorado y después- de las preguntas surgidas del propio trabajo concreto de investigación, una vez emprendido. Cuando era niño, el azar quiso que descubriera, cuando tenía 10 u 11 años, que la historia de la literatura podía ser tan conmovedora como la literatura misma: cayó en mis manos entonces el libro *Billion Year Spree* de Brian Aldiss, en el que se narra la historia de la ciencia ficción -género que entonces era mi pasión dominante- desde la antigüedad hasta el presente (años 1970), y me fascinó, ofreciéndome un primer anticipo del gusto que me genera el trabajo sobre los textos y sus contextos, si bien desvinculado -como corresponde en la experiencia infantil- de las preocupaciones más teóricas, metodológicas y ético-políticas que animarían mi trabajo adulto. Otras lecturas fortuitas de la misma época -una edición abreviada de la *Declinación y caída del Imperio Romano* de Edward Gibbon que destacaba los capítulos sobre aspectos culturales, o *The Making of the Middle Ages* de Richard Southern, medievalista inglés- despertaron en mí la curiosidad por la historia de la cultura y del pensamiento. La insatisfacción con el tipo de historia que prevalecía en mis cursos universitarios es algo que empecé a sentir sobre todo a partir de mis años en el posgrado en Stanford University. Quizás porque había conocido otras formas de hacer historia en Cambridge -y en particular en los cursos de David Brading- me aguijoneaba la sensación de que estaba ausente la dimensión intelectual de la nueva historiografía latinoamericanista que se estaba produciendo entonces en los Estados Unidos -mucho de ella de gran calidad académica-: ésta la insatisfacción que me llevó a estudiar por mi cuenta cada vez más textos teóricos relacionados a la historia del pensamiento, y a leer cada vez más historia cultural e intelectual. Mi impresión era que en el campo de la historia latinoamericanista, dominado por la producción estadounidense en aquellos años -hay que recordar que las dictaduras obturaban la circulación

de mucha de la producción latinoamericana nueva que entonces comenzaba a despuntar, o lisa y llanamente no la permitían-, carecía de investigaciones sólidas en historia intelectual. Obras clave de historia del pensamiento argentino y latinoamericano como las de Tulio Halperin Donghi, Héctor Aguilar Camín o Carlos Real de Azúa aparecían entonces como rarísimas -y brillantes- excepciones. Es por ello que quise explorar justamente la dimensión intelectual de la historia latinoamericana al realizar mi investigación doctoral.

En cuanto al rol de mi propio trabajo de investigación en acercarme a la historia intelectual, creo que (aún antes de saber demasiado bien cómo se denominaban las perspectivas pertinentes) desde el inicio me di cuenta de que para responder a las preguntas sobre la historia rioplatense en la primera mitad del siglo XIX que mi tesis doctoral proponía explorar, el material que estaba explorando me exigía prestarle atención no solo a las ideas -que entonces entendía en términos de una historia de las ideas clásica, como la que realizaba Isaiah Berlin-, sino también a los discursos o lenguajes que circulaban de modo masivo entre la población -historia del discurso y de los conceptos-, y a las instituciones que hacían posible la presencia de esas ideas y esos discursos, como las universidades, las imprentas o editoriales, los periódicos y revistas -historia social de los intelectuales e historia intelectual-. Lo importante -me pareció entonces y me sigue pareciendo ahora- era recuperar y reconstruir aquello que los actores del pasado habían pensado estar haciendo en el momento de hacerlo, y para ello era necesario en primer término prestarle atención a la dimensión discursiva junto con el contexto que definía sus condiciones de posibilidad.

Tanto mis trabajos sobre el pensamiento romántico, cuanto mi trabajo sobre el discurso republicano empleado por los actores políticos durante la era rosista, buscaron responder a esta inquietud; y su realización me

obligó a echar mano, de forma ecléctica, de distintos insumos teóricos y metodológicos, hallados en campos del saber que iban desde la historia intelectual y de las ideas hasta la historia del libro, la historia social de los intelectuales, o la historia de las disciplinas y de las instituciones educativas. Y también la historia intelectual hermenéutica propuesta por Claude Lefort y la historia conceptual, todas ellas sobrevoladas por las largas sombras de Foucault y de Gramsci.

El recorrido que he seguido luego de haberme definido como especialista en temas de historia intelectual -con mi tesis doctoral y mi primer libro- ha seguido la huella de mi propia insatisfacción con lo adquirido. En mi caso, mientras iba especializándome cada vez más en la historia intelectual del siglo XIX rioplatense -primera mitad-, dos cuestiones pasaron a preocuparme de forma cada vez más insistente: por un lado, la necesidad de colocar el espacio rioplatense dentro del marco de una exploración densa (en el sentido de Clifford Geertz) de la historia intelectual de toda la región latinoamericana (incluyendo a México, Brasil y el Caribe) como paso necesario para una comprensión más exacta del sentido de los fenómenos culturales que había estado estudiando en el plano local; y, segundo, la necesidad de explorar de forma igualmente completa el devenir de los temas que en mi trabajo había venido privilegiando -como los discursos republicanos o los vocabularios conceptuales socialistas, liberales, etc., o como la propia institución social del intelectual-, mediante la ampliación del mismo hasta incluir también temas centrados en el siglo XX latinoamericano -esto último, en parte, como un complemento y correctivo a la historia contextual de las ideas, cuya premisa básica es estudiar la historia del pensamiento *como si uno fuera su contemporáneo*. Ello implica, para evitar toda prolepsis, colocar una epojé entre el momento estudiado y lo que vino después: y, sin embargo, lo que vino después existe y no puede ser dejado de lado por el análisis histórico que busque una plena comprensión.

Un segundo paso necesario luego de la contextualización es, me parece, pues, la reconexión de esa historia contextual precisamente reconstruida con todas las derivas posteriores que pudieron desestabilizar (o desestabilizan) el sentido intrínseco de las ideas y discursos que el trabajo previo ha recuperado. La segunda época de mi recorrido por la historia intelectual ha tendido por ello a abordar también el siglo veinte, y a incorporar de forma cada vez más especializada la historia intelectual de toda América Latina, no solo del Río de la Plata y sus aledaños. En síntesis, si quisiera definir sucintamente el objeto de estudio que ha definido mi recorrido por la historia intelectual durante cuarenta años, éste parecería consistir en los universos intelectuales habitados por las élites letradas latinoamericanas durante los siglos XIX y XX, junto con los procesos que colaboraron en la elaboración de los mismos.

Cinco trabajos concretos han sido el resultado (publicados a veces como obra única, otras desparrramados entre muchos ensayos de extensión breve o mediana -o aún inéditos como mi tesis doctoral en inglés-): 1) el análisis del discurso republicano y de las corrientes ideológicas presentes en el Río de la Plata en la época de Rivadavia y de Rosas; 2) el mundo intelectual de las élites letradas que se identificaron con una ideología romántica; 3) la historia social de los intelectuales latinoamericanos desde fines del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX; 4) la historia intelectual del movimiento historiográfico y de crítica cultural que se autodenominó "los humanistas de América" (años 1930 a 1960); y 5) un análisis histórico de las formas de subjetivación de la objetividad adoptadas por los intelectuales latinoamericanos en el curso del siglo XX, a través de una producción periautográfica -es decir, en lenguaje más llano pero también menos preciso, el análisis histórico de la literatura autobiográfica de los intelectuales latinoamericanos-.

La segunda parte de esta pregunta es aún más difícil

de responder que la primera, ya que el campo de las “influencias” –término que me provoca, por otra parte, reparos teóricos importantes– es siempre sumamente complejo. Articularé mi respuesta entonces en torno a la siguiente pregunta, que formulo de dos maneras: ¿Cómo se forma un historiador dedicado a la historia intelectual? ¿De dónde sale esa inclinación? En primer término, creo que los contactos directos con docentes, colegas, o –en los años universitarios– con los compañeros de estudio tienden a jugar siempre –en mi caso lo han hecho– un rol decisivo. En la secundaria, en un colegio inglés, tuve la buena fortuna de tener como docente a un excelente profesor especializado en el siglo XIX, Timothy Stunt, egresado de Cambridge y con interés por la historia de las ideas religiosas: fue en sus clases que conocí por primera vez a autores de historia de las ideas, como Isaiah Berlin, de la cultura y de los intelectuales (Huizinga, Élie Halévy, Derek Beales). Mi camino intelectual adulto ha seguido un camino muy diverso al suyo pero el recuerdo de las conversaciones con él permanece indeleble en mi memoria.

Las figuras decisivas en mi trayectoria como historiador intelectual (y como historiador tout court) han sido, sin embargo, Tulio Halperin Donghi, cuya obra ha sido siempre para mí un faro en medio de las incertezas, sombras e ilusiones que componen el fluir de los hechos que estudiamos los historiadores, y cuya conversación, desde que fui su alumno en los años 1980 hasta su fallecimiento, supo ser un venero inagotable de ideas e intuiciones acerca de nuestro campo; y Oscar Terán –cuya verdaderamente original perspectiva, colocada en el interfase entre la filosofía y la historia, deja sentir sus resonancias en todas mis investigaciones–. Fue la lectura de dos de sus libros tempranos –sobre José Ingenieros, uno, sobre Aníbal Ponce el otro (más artículos suyos en *Punto de Vista* –y de otros integrantes de esa revista–)– lo que confirmó mi decisión de instalarme definitivamente en la Argentina, luego de largos años de vida en el exterior. Las

conversaciones con Oscar siempre me deparaban nuevos conocimientos, sugerencias para nuevas lecturas, puntos de vista que al contradecir o cuestionar los míos, me obligaban a ejercer con mayor rigor el oficio de pensar la historia. El “modo Terán” de pensar los problemas historiográficos y filosóficos era el de un trabajo constante de “repensar”: luego de entusiasmos intensísimos con distintos marcos teóricos, tomaba distancia, buscaba sus puntos ciegos y sus endebleces, los sometía a reflexión acerada y visceral, aproximándose y distanciándose constantemente de esos autores alguna vez predilectos, y ello movido por las preguntas e inquietudes que su posición situada en el espacio y en el tiempo –la Argentina de la lenta invención democrática pos 1983– le suscitaban.

Entre las personas vivas que han dejado huella en mi modo de hacer historia intelectual, sin agotar ni siquiera remotamente la lista, no puedo dejar de mencionar a Carlos Altamirano –maître à penser fundamental– ni a Hugo Vezzetti (ni tampoco a Beatriz Sarlo, Jorge Dotti o María Teresa Gramuglio a quienes leí y frecuenté en el marco de la sociabilidad intelectual organizada en torno a *Punto de Vista*). Cabe señalar que tan importantes para mi formación como historiador dedicado a la historia intelectual como aquellos en quienes he sabido ver autoridades intelectuales –profesores/as del pensar–, lo han sido los colegas, los compañeros de estudios y de trabajo intelectual, los pares etarios y también los más jóvenes.

Mi modo de concebir la historia intelectual se ha desarrollado (y se sigue desarrollando) en el marco de mis contactos con un mundo de colegas, amigas y amigos, alumnas y alumnos, con quienes el diálogo permanente constituye el *humus* del cual brota, en cualquier momento dado, mi modo de concebir este campo del saber. Tuve la suerte de hallar tres espacios fundamentales de discusión de la historia intelectual a través de mi carrera: el hoy llamado Seminario Oscar Terán que desde los años

1980 sirvió como crisol de nuevas perspectivas mediante su práctica de lectura y debate de textos –algo que en mi caso se prolongaba en el seminario interno de la cátedra de *Pensamiento argentino* de la UBA, también organizado por Terán–; el Programa de Historia Intelectual, antecedente directo del hoy Centro, que funciona desde 1995; y, en los inicios de mi vida académica, un grupo informal dedicado a la historia intelectual –cuyo clima era marcadamente foucaultiano– organizado en 1986 en Stanford por Edmundo Fuenzalida –un académico chileno que se había dedicado a la historia de la educación– y en el cual nos encontrábamos para discutir textos, estudiantes latinoamericanos de posgrado o recientemente doctorados, como Iván Jaksic, Ana María Stiven o el colombiano Arturo Escobar.

En cuanto a las lecturas, estas son muchas y eclécticas. Muchas veces las herramientas más productivas para abordar problemas específicos de historia intelectual me han llegado de figuras marginales al campo o consideradas “menores”: sin la lectura de Bronislaw Bazcko o Jean Starobinski, de John Burrow, Christopher Hill o Philippe Ariès, de Karl Löwith o Paul Bénichou o Carl Schorske o H. Stuart Hughes, mi visión acerca del modo de explorar la historia intelectual habría sido muy distinta. Dicho esto, los teóricos e historiadores cuya obra ha sido clave en la elaboración de mi modo de concebir la historia intelectual han sido, por un lado (por su énfasis en la relación entre el contexto y el significado de las obras y de los discursos), J.G.A. Pocock, Quentin Skinner, y Stefan Collini. Reinhardt Koselleck y toda la constelación de historiadores conceptuales han aportado por otro lado a mi perspectiva dos elementos: la propia teoría de la historia conceptual con su cronología tan específica, y la cuestión de la centralidad de los regímenes de historicidad; lo cual ha venido a reforzar (y transformar en parte) la misma cuestión aprendida mediante otro vocabulario en la obra de Michel Foucault –mi lectura inicial de *L'Archéologie du savoir* fue para mí deslumbrante–.

Antonio Gramsci y Raymond Williams –desde el materialismo cultural– me han ofrecido herramientas eficaces y sugerentes para explorar la condición situada de los productores de los discursos y conceptos –los intelectuales–, como desde otro espacio disciplinar también lo ha hecho la obra de Pierre Bourdieu –cuya lectura, aún de los textos que menos me han sabido persuadir, como *Les règles de l'art*, ha sido siempre un festín–. En clave de historia material de la cultura, los estudios y también los textos más teóricos de Roger Chartier –acompañados por lecturas de su colega norteamericano Robert Darnton– han constituido otro aporte fundamental a mi propia forma de hacer historia intelectual. En Carlo Ginzburg, Perry Anderson, y el siempre tan erudito como ameno Peter Burke he encontrado formas de explorar la historia cultural que me han servido como herramientas eficaces al momento de intentar responder a mis propias preguntas acerca de la historia intelectual. A lo cual debo agregar que sin mis lecturas de dos obras para mí claves, los *Essais sur le politique (XIXème et XXème siècles)* y *Le travail de l'oeuvre: Machiavel*, ambas de Claude Lefort, mi modo de concebir la tarea historiográfica en historia intelectual habría sido radicalmente otra. Sin esa lectura la problemática hermenéutica que plantean las cadenas de interpretación que los lectores establecen a través de temporalidades largas, no hubiera formado parte de mi caja de herramientas al momento de examinar obras concretas desde la historia intelectual, como las de Sarmiento o Echeverría, cuyo pleno sentido –en tanto éste es “dado a” nuestro “nosotros” situados en un presente concreto (y que cambia con el fluir mismo del tiempo)– exige prestarle atención simultáneamente a todas sus lecturas (las de Sarmiento y Echeverría) para escribir esas obras y a todas las lecturas que luego se han hecho de ellas. Tarea imposible, sin duda, pero que no puede dejar de estar en el horizonte mismo de la investigación. Cabe señalar, finalmente, que mi lectura de estos y otros libros se ha dado en el interior de un “aire de época” –difuso e inmanente–,

de cuya conformación tampoco han estado ausentes obras clave del pasado distante -Gibbon, Kant, Diodoro Sículo-, o de central figuración en momentos específicos de nuestra historia reciente como las de Karl Marx, Eric Hobsbawm o Walter Benjamin.

¿Es la historia intelectual un espacio en donde convergen distintas disciplinas, y no una disciplina en sí misma; un campo de límites imprecisos, como señalan varios autores? ¿Cuáles son esas disciplinas y cómo se interrelacionan? ¿Qué es la nueva historia intelectual?

Elías Palti: Esta es una característica fundamental de la historia intelectual, la cual se articula en la intersección entre diversas disciplinas. Para el estudio de la historia del pensamiento uno tiene siempre que nutrirse de herramientas conceptuales y metodológicas tomadas de diversas áreas disciplinares. En el Renacimiento se pensaba que había dos procedimientos intelectuales fundamentales: el *juicio* y el *ingenio*. El juicio consistía en encontrar diferencias entre fenómenos análogos, y el ingenio, lo inverso, encontrar analogías entre fenómenos diversos. Creo que estas dos figuras sintetizan bien la tarea del historiador intelectual. Por un lado, entiendo que la misma es, básicamente, el arte de establecer diferencias. Descubrir por qué ideas similares, o incluso las mismas ideas, pronunciadas en contextos distintos, tienen ya sentidos muy diversos. Como decía Foucault, la expresión “los sueños son manifestaciones de deseos”, no tiene el mismo sentido si es dicha por Platón o por Freud.

Por otro lado, resulta clave, inversamente, saber encontrar conexiones entre fenómenos y objetos culturales aparentemente muy alejados entre sí. Un cuadro, un cuento de hadas o incluso una pieza musical nos pueden llegar a decir mucho del pensamiento de una época, incluso quizás mucho más que las fuentes documentales a las que normalmente apelamos. Pero para descubrirlo se necesitan las herramientas heurísticas adecuadas. Y es aquí que la apelación a metodologías diversas, tomadas

de distintas áreas disciplinares, resulta indispensable. Ahora, cuáles deban ser éstas no se puede establecer de antemano, sino que tiene que verse en cada caso particular, según cuál sea la problemática de que se trate. Y aquí entra la habilidad del historiador para hallar los recursos más apropiados a lo que se quiera tratar de comprender. El principio, de todas formas, es siempre el mismo: si queremos desarrollar una perspectiva innovadora respecto de temas que, como suele ocurrir, ya han sido muy abordados, y no limitarnos a reproducir los saberes establecidos, es necesario desencajar dichos objetos y poder mirarlos desde lugares distintos a aquellos desde donde se los ha mirado tradicionalmente.

Jorge Myers: Las opiniones varían al respecto. En mi caso, pienso que aquello que constituye a la historia intelectual como una práctica histórica potencialmente muy fecunda es el hecho de ser un espacio de cruce entre distintas perspectivas teóricas y metodológicas –dentro de la disciplina histórica– y de diálogo intenso con otras disciplinas que comparten un interés por el mismo objeto: la historia del pensamiento y/o de los intelectuales. Dicho esto, existe, creo, un núcleo firme –teórico y metodológico– a partir del cual se configura la perspectiva que hoy se llama historia intelectual: un haz de corrientes historiográficas que consideran productivo reconstruir el pensamiento del pasado en términos de su propia historicidad específica –evitando anacronismos de cualquier tipo– con la intención de poder comprender (hasta donde ello sea posible) qué estaban diciendo, qué querían decir cuando lo decían los actores sociales y políticos del pasado.

Ese núcleo está formado, entonces, por corrientes historiográficas que si bien comparten –todas ellas– una preocupación central por la recuperación de los sentidos pretéritos de las palabras y los discursos, difieren en cuanto a sus métodos específicos y también en cuanto a su evaluación de las razones que volverían necesaria

esa recuperación. Una de ellas –asociada a la obra de Quentin Skinner y J.G.A Pocock, y la amplia constelación de historiadores que se ha formado a su alrededor en los últimos sesenta años– lo hace porque considera que el pensamiento ha sido una forma de acción política tan importante como otras –Skinner, Pocock–: en clave de la filosofía lingüística inglesa, considera que “se puede hacer cosas con palabras”. Otra, la de Koselleck y el programa de la historia conceptual, funda esa condición necesaria en el hecho de considerar que los vocabularios conceptuales y su despliegue constituyen la matriz misma de la historia social, sin cuyos conceptos básicos no existiría lo social. Una tercera vía de aproximación ha sido aquella que, partiendo de un diagnóstico social que enfatiza la división social y el hecho ineluctable de la dominación, asigna al pensamiento y a los discursos un rol central y no secundario en los procesos históricos: en esta vía de abordaje incluiría –a pesar de las evidentes diferencias profundas entre ellas– al materialismo cultural de Raymond Williams –de raigambre gramsciana–, a la arqueología del saber propuesta por Michel Foucault, y también a la perspectiva –hasta ahora más marginal en el campo– a la historia intelectual hermenéutica practicada por Claude Lefort.

Todas estas corrientes o perspectivas, en mi opinión, integrarían el núcleo mismo del campo de la historia intelectual en tanto este enfoca la producción intelectual en sí: el pensamiento, sus formas discursivas, sus vocabularios históricamente dados. También colocaría en proximidad a ese núcleo a la historia de los intelectuales –cuyo diálogo principal ha sido mayor con la sociología que con la filosofía–, enriquecida en los últimos tiempos por obras que emplean las herramientas de Karl Mannheim o de Pierre Bourdieu, o –en el caso de parte de la historiografía italiana dedicada a estos temas– las de Antonio Gramsci.

Ese núcleo ofrece, sin embargo, simplemente un ancla:

no define la forma más precisa de la embarcación. La historia intelectual, en sus zonas de frontera, interactúa necesariamente con los aportes que le llegan de la historia cultural –en el sentido de Peter Burke, Roger Chartier, Robert Darnton o Christophe Charle–, de la historia del arte –desde Erwin Panofsky, Aby Warburg o Edward Wind hasta Michael Baxandall, Georges Didi Huberman o Svetlana Alpers, las intuiciones productivas halladas en ese espacio no han hecho sino enriquecer a la historia intelectual–, de la antropología cultural, de la sociología de la cultura, la crítica literaria atenta a la problemática histórica –Paul Bénichou, por ejemplo– o, qué duda cabe, de zonas importantes de la filosofía –en tanto una frase de Friedrich Nietzsche podría ser censada resumir el proyecto entero de la historia intelectual (“definierbar ist nur Das, was keine Geschichte hat” –“sólo se puede definir aquello que no tiene historia”, *Genealogía de la Moral, II, 13*)–. El diálogo, los préstamos, los cruces, las combinaciones entre corrientes historiográficas distintas y entre estas y los aportes de otras disciplinas, pueden resultar sumamente productivos, en el sentido de dar origen a interpretaciones históricas que iluminan zonas decisivas del pasado humano y/o de provocar intensos y fecundos debates acerca del pensamiento pretérito y sus sentidos. El elenco específico de disciplinas pertinentes a un trabajo de historia intelectual es cambiante ya que dependerá siempre, necesariamente, de la naturaleza de las preguntas que el material investigado le suscita a cada investigador.

En cuanto a la “nueva historia intelectual”, si por ello se entiende la renovación realizada por Dominick La Capra en sede anglosajona (que en su momento solió verse acompañada –en la Argentina– por lecturas de Carl Schorske, Martin Jay o Marshall Berman), no es ya tan nueva; en cambio, si la referencia tiene que ver con propuestas como las de Samuel Moyn y el elenco de historiadores intelectuales incluidos en sus diversas antologías, la novedad reside más en su carácter reciente que en

cualquier ruptura demasiado profunda con el universo de referencias y problemáticas que he venido esbozando hasta aquí. La perspectiva global –y también aquellas más acotadas que se proponen trascender las limitaciones de una historiografía puramente “nacional”– ha sido, no cabe duda una de las principales herramientas para una renovación de la historia intelectual en los últimos diez o quince años. No solo por los cruces entre ésta con la historia global –en sus distintas declinaciones, incluyendo también la “historia de los encuentros culturales” y a la “historia entrelazada”–, sino por las posibilidades de resignificación general que implica una perspectiva que intenta abordar su problemática específica manteniendo como trasfondo el mapa global del pensamiento humano, este “giro global” representa una verdadera inflexión en las formas de practicar la historia intelectual y conceptual. La reinscripción de la historia intelectual china en el mapa de la historia del pensamiento mundial (término este último que hasta hace pocas décadas era en realidad un eufemismo para “mundo atlántico”) constituye un cambio de alcance sísmico en este campo del saber, cuyas consecuencias positivas estamos recién comenzando a atisbar: para dar un solo ejemplo, una historia del pensamiento político que no reconozca que el aporte de la escuela filosófica mohista (inaugurada por Mo Zi) es tan significativo para comprender lo político en sus distintas acepciones modernas en el mundo como los del estoicismo o del platonismo, no podrá pretender a ninguna seriedad. Más cerca de casa, el “giro global” ha implicado la posibilidad de reinscribir zonas enteras del mapa a la historia conceptual y discursiva practicada por escuelas como la de Cambridge o como la *Begriffsgeschichte* alemana: ni el pensamiento iberoamericano –de importancia tan decisiva en los orígenes de corrientes como el liberalismo o ciertas versiones del republicanismo en el mundo atlántico– ha sido tomado en cuenta por el proyecto de Ideas en Contexto de Quentin Skinner, ni el enorme universo intelectual eslavo o islámico por la

historia conceptual en su versión original. La incorporación de estos nuevos continentes de pensamiento, con sus conceptos y sus discursos, al mapa general de la historia conceptual o de la historia contextual de las ideas, representa un cambio de auténtica profundidad. En el plano de la teoría una deriva de esta nueva apertura a lo global y a las perspectivas que buscan trascender los límites nacionales y lingüísticos, ha sido la propuesta en favor de una historia de los “conceptos nómades” que Olivier Christin y otros han estado explorando desde hace unos 15 años. (Un modelo posible, en este sentido, es, para mí, el libro reciente (2018) de Quentin Deluermoz, *Commune(s) 1870-1871*, que propone una historia de los sentidos culturales de la Comuna de París a partir de una contextualización global de ese episodio histórico.) Si bien no deseo negar la radicalidad de este giro en la historia intelectual, creo que es importante recordar que las raíces de la “historia intelectual global” tampoco son tan nuevas, en tanto existieron importantes antecedentes de análisis cultural “global” en los años 1970 y 1980, como los de Edward Said, Benedict Anderson, o V.G. Kiernan, entre muchos otros.

La historia material de la cultura –y en particular la historia del libro y de la edición– ofrecen otros elementos para una renovación progresiva del campo, pero una vez más, la novedad de este tipo de estudio es relativa. La teoría de género y sus derivas hacia una historiografía de las mujeres (o de las sexualidades plurales) o feminista, ofrece, en mi parecer, un camino posible hacia una historia intelectual sí realmente “nueva” (y hacia una “nueva” historia *tout court*, ya que es hora –desde hace mucho– que se reconozca que no hay “historia” digna del nombre que ignore la vivencia pretérita de más de la mitad de la especie humana). Otras zonas recientes de investigación, como aquella de la corporalidad y de la experiencia somática –pienso en obras como las de Alain Corbin o Georges Vigarello– o la “historia de las emociones”/“historia de los afectos”, analizadas desde una perspectiva

de historia intelectual y empleando las herramientas de la misma, también podrían ofrecer vías hacia una clara renovación. Ejemplos de esta corriente historiográfica reciente son obras de Bárbara Rosenwein, Christophe Prochasson, o Patrick Boucheron, y, en clave más teórica, del cientista social spinozista Frédéric Lordon: Javier Fernández Sebastián ha reflexionado en trabajos recientes acerca del aporte positivo que “el giro afectivo” podría aportar a la historia conceptual. De todos modos creo que es importante no olvidar que la historia intelectual -como toda empresa histórica- está en permanente proceso de renovación, ya que la incesante transformación de nuestro presente modifica también incesantemente el campo de posibilidades de nuestra propia mirada, llevando a que preguntas nuevas sucedan a las antiguas, en un proceso de infinita complejidad. Contra la conciencia ineluctable de que “todo fluye”, el historiador debe construir su mirador –aunque sea tan efímera como el momento captado por una instantánea– y desde allí buscar producir un conocimiento nuevo sobre lo ya conocido, sobre lo viejo, sobre lo pretérito –es decir, sobre ese pasado que es aquel “país otro” que como historiadoras e historiadores nos sentimos compelidos a explorar–.

¿Es posible pensar una periodización en la historia intelectual argentina? ¿Qué figuras se han destacado? ¿podemos hablar de una herencia que llegue hasta hoy?

Elías Palti: La historia de ideas en Argentina, que se inicia ya a fines del siglo XIX, con autores como Ingenieros o Rojas, aunque se institucionaliza como disciplina académica en la primera mitad del siglo XX, ha fijado ya lo que podemos llamar la periodización estándar (la sucesión de corrientes intelectuales: iluminismo, romanticismo, positivismo, espiritualismo, etc.) y las figuras canónicas en cada uno de ellos (Moreno, Rivadavia, Alberdi, Sarmiento, Ingenieros, etc.). Entiendo que este es su aporte más importante. La misma también definió una problemática

específica: entender cómo las ideas europeas, una vez trasladadas a aquí, se contorsionaron para adecuarse a las peculiaridades del medio social y cultural local, en fin, de lo que se trataría es de identificar aquello que distingue al pensamiento local respecto del de los demás países, y, particularmente, de las matrices de pensamiento europeo de las cuales se partiría.

Es acá también que encontramos los principales problemas que plantea esta tradición de historia de ideas. Ésta, de hecho, solo puede concebir estas peculiaridades locales en términos de una oscilación entre modelos de pensamiento. Esto nos devuelve a aquello que descubrí en el curso de mi investigación para mis tesis de Licenciatura y de Maestría. Como dije, según afirmaban los estudios en el campo de la historia de ideas, lo que caracterizó al pensamiento romántico argentino fue su contaminación con ideas de matriz ilustrada. El romanticismo local sería una mezcla de historicismo e iluminismo, y así sucesivamente con los distintos periodos en la historia del pensamiento local. Esto, como vimos, resultará inevitablemente en simplificaciones abusivas, allanando aquellas aristas problemáticas, de orden teórico, que plantea el estudio de formaciones intelectuales complejas.

El punto, de todos modos, es que esta metodología no lograría nunca alcanzar su objetivo de descubrir qué específica al pensamiento local. Está claro que esa supuesta mezcla de historicismo e iluminismo no es un invento argentino, no representa ninguna originalidad propia. En definitiva, entiendo que de lo que se trata es de desmontar esas grandes categorías genéricas (los “modelos de pensamiento”) y dejar de lado el trazado de filiaciones de pensamiento para ver cómo se rearticulaban las ideas en función de determinadas problemáticas particulares. Más allá de cuál era su procedencia, cabría entender a qué funciones servirán éstas en el interior de cada forma de discurso particular, a qué preguntas venían a intentar dar una respuesta, cómo se resignificaron en el transcur-

so, etc.. Y esto nos lleva, a su vez, al otro punto problemático en esta tradición de historia de ideas.

Esta misma metodología se despliega también diacrónicamente, lo que lleva a concebir los distintos periodos como una mera sucesión y superposición entre modelos. Pero allí no hay propiamente una *historia* aún. Desde esta perspectiva, lo único que vincula un periodo con otro es la mera sucesión cronológica de dichos sistemas de pensamiento, y el paso de uno a otro se explicaría simplemente por la lectura de libros, la llegada de nuevas ideas procedentes de Europa. En realidad, para la historia de ideas, no surgiría nunca nada verdaderamente nuevo. Lo que distinguiría a estos distintos periodos sería el mayor predominio de uno u otro sistema de pensamiento en el juego de estas antinomias eternas, como historicismo e iluminismo, racionalismo y espiritualismo, individualismo y holismo, etc. El positivismo, que siguió al romanticismo, aunque incorporó nuevas categorías, en el fondo no indicaría más que un reforzamiento del polo iluminista (“europeísta”, “cosmopolita”), inversamente, el espiritualismo, que siguió, a su vez, al positivismo, señalaría un vuelco hacia el lado historicista (“nacionalista”, “populista”), y así sucesivamente.

Siguiendo aquella lógica numérica de nuestro historiador de ideas, cabría decir, pues, que el positivismo fue 80 % iluminista y 20 % historicista, y el espiritualismo, por el contrario, 20 % iluminista y 80 % historicista. Todo sistema de pensamiento, pasado o presente, se inscribirá necesariamente dentro de esta grilla binaria, que es la que provee la clave para su comprensión. Y todos los problemas que plantearía el análisis de los sistemas de pensamiento del pasado se reducirían a esto, a determinar el grado relativo, el punto en que cabría situar a cada uno de ellos dentro de los ejes “iluminismo” e “historicismo”. En fin, si lo que queremos efectivamente historizar los mismos, resulta necesario antes desmontar este juego de antinomias también en un sentido diacró-

nico, analizar cómo se vinculan estos diversos momentos, cómo se articulan y esconden las diversas formas de discursividad. La llamada nueva historia intelectual nos provee, justamente, marcos para repensar los procesos de transformación conceptual, y elaborar modos de articulación entre los distintos momentos en la historia del pensamiento que no se reduzcan a una mera sucesión u oscilación entre modelos. En definitiva, ésta nos permite construir una *historia*, esto es, una cierta narrativa de cómo los discursos se fueron torsionando y transformando en función de las distintas problemáticas que fueron surgiendo históricamente. Al respecto, los desarrollos de la Escuela de Cambridge, cuyos principales representantes son Quentin Skinner y John Pocock, o los de la *Begriffsgeschichte* elaborada por Reinhart Koselleck, entiendo que resultan particularmente relevantes.

Jorge Myers: Los campos disciplinares se organizan y reorganizan constantemente, y lo hacen a través de cesuras profundas que dificultan el traspaso de los saberes producidos en el marco de una episteme –para emplear una noción tomada del léxico foucaultiano– hacia el espacio nuevo regido por otra muy distinta –es decir (simplificando brutalmente la propuesta de Foucault), regido por un conjunto de reglas epistemológicas (y de método) que sirven para demarcar lo que constituye un conocimiento auténtico de lo que no lo es–. El reemplazo de un estatuto de legitimidad para definir lo que constituye el saber, por otro, imposibilita la construcción de una línea de continuidad –evolutiva– entre formas antiguas de saber y otras más nuevas, ya que dentro del nuevo régimen lo que en el anterior era “conocimiento” ha dejado de serlo: no puede ser aprehendido como tal. ¿Sigue interesando? Sí, sin duda, del mismo modo que toda reflexión humana puede ofrecer sugerencias o disparar nuevas ocurrencias a una lectora o a un lector que ya no comparten sus presupuestos.

Un ejemplo de la discontinuidad radical entre sistemas

disciplinares/epistemológicos es la historia de la ciencia preconizada por Kuhn. Ante la profundidad de la cesura entre la ciencia moderna y aquello que ocupó el lugar del pensamiento científico desde el siglo V antes de la era común hasta el siglo XVII de nuestra era, Thomas Kuhn debió realizar un trabajo complejo de arqueología intelectual simplemente para demostrar que la “ciencia” de los griegos no era menos “científica” –dentro de los parámetros del paradigma que organizaba sus prácticas de investigación– que la moderna desarrollada a partir de Galileo y Newton. Para nosotros no es ciencia la teoría de las esferas celestes, pero para ellos sí lo era. Guardando las distancias, entre la historia intelectual que se practica hoy –en el mundo y en la Argentina– y la historia de las ideas –en su acepción vernácula tanto como en la acepción que le imprimió Arthur Lovejoy– existe, como suele recordar Elías Palti, una fosa epistemológica que genera el mismo tipo de dificultad a la hora de intentar formular una periodización consecutiva.

La historia intelectual que comienza a hallar ciertas resonancias –esporádicas y marginales– en la Argentina desde los años 1960 en adelante, sólo se constituyó en un espacio cada vez más sólido de prácticas disciplinares regidas por reglas epistemológicas propias, en la inmediata pos-dictadura, desde los años 1980 en adelante. ¿Podemos encontrar antecedentes de la historia intelectual que hoy se practica, aún cuando la utilidad de sus hallazgos esté muy condicionada por la forma disciplinar misma en que fue realizada? En este sentido, sugiero, existe una prehistoria de la historia intelectual que se remonta al siglo XIX, a obras un poco marginales en su momento, como la de Juan María Gutiérrez –dedicado a producir una historia de la literatura latinoamericana, por un lado, y por otro lado una historia del saber universitario en el Río de la Plata– y cuya principal característica fue el carácter individual de las obras que la integran y la falta de continuidad entre ellas. Esa situación se comenzó a modificar durante la década de 1910 con el surgimiento

de dos proyectos alternativos dedicados a construir una historia de las ideas argentinas, aquél animado por José Ingenieros –que cristalizó en la colección *La cultura argentina* y en su libro *La evolución de las ideas argentinas*–, y aquél, menos exitoso, propuesto a partir de la historia de la literatura por Ricardo Rojas. A esos dos proyectos podría añadirse el elegante pero fallido estudio de Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en el Río de la Plata*. A partir de entonces, estudios dedicados a temas de historia de las ideas –entendidas éstas en su sentido más silvestre, no en el sentido técnico acuñado por Lovejoy– se multiplicaron.

La primera en destacarse realmente por su impacto sobre la opinión académica de su época fue la de José Luis Romero, cuyo libro *Las ideas políticas en la Argentina* ofreció una instancia del tipo de historia de las ideas posible en la época, y cuyo proyecto académico más general –sintetizado en la revista *Imago Mundi*–, marcado por su esfuerzo por vincular historia cultural e historia social a través de un trabajo sobre “las ideas políticas y sociales”, constituye una versión argentina de una suerte de proto-historia intelectual. Sería sin embargo, recién en los años 1950 cuando, en un momento en que las limitaciones de la historia de las ideas más tradicional practicada hasta ese momento en la Argentina se volvían cada vez más evidentes para las nuevas generaciones, pero las herramientas teóricas y metodológicas acuñadas en función de las necesidades específicas de una historia dedicada a explorar la dimensión discursiva y conceptual de la experiencia humana todavía no circulaban, cuando un conjunto de obras significativas intentaron dar cuenta de la importancia del plano ideológico y discursivo para una plena comprensión de la historia argentina.

Varios autores de la generación de *Contorno* –Adolfo Prieto, David Viñas, y Tulio Halperin Donghi– produjeron trabajos cuyas preguntas pueden resultar interesantes aún para quienes estudian el pensamiento argentino,

a pesar de la distancia entre su método y el de la historia intelectual disciplinar. Cabe señalar que tanto Prieto como Halperin Donghi siguieron una trayectoria de producción historiográfica que los colocó, a partir de los años 1980, en una zona de íntima proximidad intelectual con el emergente campo de la historia intelectual. Sobre el final de este período, Natalio Botana publicó un libro magistral de historia de las ideas realizado según parámetros clásicos, *La tradición republicana*, que pese a seguir una dirección distinta a la que entonces ya se comenzaba a discernir, ofreció para muchos de los futuros historiadores intelectuales un hito.

De este modo, sugiero, que antes de la configuración en la Argentina del espacio que ahora llamamos “historia intelectual”, se pueden esbozar al menos tres etapas previas: aquella de la “prehistoria” hasta los años 1910; aquella en que distintos proyectos de “historia de las ideas” ocuparon el espacio intelectual dedicado a explorar la historia del pensamiento –y que habría culminado en la obra decisiva de Romero–; un tercer período marcado por una intensa búsqueda de los puentes entre la esfera de lo discursivo y aquella de la praxis (una suerte de *Sattelzeit* argentina, si se quiere, entre historia de las ideas e historia intelectual); y finalmente el momento en que todavía nos hallamos, definido por la consolidación de la historia intelectual como un espacio de investigación y reflexión importante en este país, habiendo sido Oscar Terán, sin duda, la figura clave en su constitución.

Estos períodos han sido momentos discretos –no sería legítimo postular una continuidad directa entre ellos– pero sus bordes son lábiles y difuminados. Para concluir, deseo enfatizar que el hecho de que la periodización exija una reflexión anclada en la cuestión de las líneas de ruptura entre un momento y otro y los efectos de incomensurabilidad que ello genera, no implica o debería implicar que el espacio que ocupa la historia intelectual como campo no pueda ser un espacio de cruce de

perspectivas programáticas y disciplinares, dentro de las cuales la historia de las ideas, por ejemplo, que se sigue escribiendo –si bien informada por las pautas teóricas y metodológicas del cuarto período– podrá seguir ofreciendo fundamentales aportes. El hecho de que probablemente sea cierto que la poesía es imposible de traducir de un idioma a otro –según Nabokov, refiriéndose al *Eugenio Onéguin* de Pushkin, solo pueden existir adaptaciones, glosas imperfectas de la obra poética en otros idiomas–, no quiere decir que exista una radical incomunicabilidad entre una lengua y otra. Tanto es así que el propio Nabokov ensayó su propia traducción al inglés de ese clásico “intraducible”.

¿Existe una agenda común de temas en Latinoamérica o por el contrario nos encontramos ante intereses divergentes en función de agendas nacionales? ¿Cree, como dice Canavese, que “una agenda en la configuración actual del campo no debería soslayar las discusiones sobre la función intelectual, sobre las propias maneras de hacer y los efectos más allá de los espacios académicos”?

Elías Palti: En realidad, son dos preguntas distintas. La primera respecto de si hay una agenda de temas en común en América Latina, es una pregunta que no tiene una respuesta unívoca. El surgimiento de una cierta agenda de temas en común supone ya una serie de operaciones discursivas. Es decir, tal agenda de temas compartidos no es algo dado sino algo que se construye. Y esto explica que, según se observa, el rango de tales problemáticas compartidas se haya alterado en los distintos momentos históricos. Hubo periodos en que los temas en común abarcaron variedad de áreas del pensamiento y la cultura, las cuales se situaron en el centro del discurso político y social. Y otros en que éstos fueron

¹ M. Canavese, “Notas para una historia intelectual de la historia intelectual. Un estado del campo en la Argentina”, en *Políticas de la Memoria*, n° 21, 2021, pp. 20-29.

muy reducidos, esporádicos y marginales, y no tuvieron gran influencia en los debates de su tiempo. Lo que habría que evitar, en todo caso, son las visiones esencialistas que suponen la existencia de una serie de cuestiones inherentes a América Latina, que atraviesan por igual a todos los momentos, regiones, contextos sociales y culturales. Este supuesto, cabría entender que es él mismo una construcción intelectual, y que habría que analizarlo como tal, esto es, cómo surge, en qué contexto discursivo pudo cobrar forma, sobre la base de qué supuestos se funda, qué tipo de ansiedades trasunta, etc. En fin, estas visiones esencialistas, como todas las demás, cabría tomarlas, desde una perspectiva histórico-intelectual, no como meras descripciones de la realidad, sino ellas mismas como sintomáticas. Es decir, lo que se busca analizar no es qué se dice, sino qué llevó a ciertos sujetos a decir lo que dijeron.

Respecto de la segunda cuestión, también aquí habría que establecer distinciones. Hubo momentos y lugares en que las voces de los intelectuales fueron particularmente influyentes y efectivas para instalar en la sociedad agendas de problemas, y otros en los que su participación en este sentido fue más bien marginal, en que el tipo de cuestiones que agitaron los debates públicos surgieron y se impusieron desde otros lugares sociales. En definitiva, cuál es esa "función intelectual" tampoco es algo que se pueda predeterminedar. Pretender hacerlo supone siempre una intervención subjetiva por parte del historiador, el imponer la propia idea respecto de cuál debería ser ésta. Lo que se observa en la realidad, en cambio, es una diversidad de situaciones, que es, precisamente, lo que habría que tratar de entender, esto es, cómo cambió históricamente esta "función intelectual"; y qué nos dice esto, en última instancia, de transformaciones políticas, sociales y culturales más vastas.

Jorge Myers: No creo que sean las "agendas nacionales" o "continentales" las que determinan el tipo de historia

intelectual que se practica en cada país. Si bien es cierto que el campo de la historia –tanto la no académica como la académica– ha estado fuertemente organizado en torno a problemáticas "nacionales" desde el mismo auge de los estados-nación en el curso del siglo XIX –siendo ello una de las barreras más obcecadas contra las cuales debe lidiar toda propuesta de historia transnacional o global– la conformación de los campos de saber deriva de procesos sumamente complejos en los cuales las políticas de estado son apenas una entre muchas variables.

Una primera observación sería que la presencia de grupos o instituciones dedicados a investigar la historia intelectual en América Latina se da de forma desigual: en Brasil existen núcleos de investigadores muy importantes y con una trayectoria de varias décadas dedicados a la historia intelectual, a la historia social de los intelectuales, a la historia conceptual y/o a la historia de las ideas en contexto, y a muchas zonas anexas, como la historia del libro, para dar un solo ejemplo; en México, en Colombia, en la Argentina, la situación es comparable, si bien cada espacio nacional presenta características propias. En cambio, en otros países, como Chile –donde este tipo de estudio cuenta ya con muchos investigadores pero sin un desarrollo institucional que consolide ese trabajo (está ahora mismo en vías de creación)– o Perú, etc., la historia intelectual está menos consolidada que en los países que antes mencionaba. Entonces, no en todos los países se investiga y escribe historia intelectual con la misma visibilidad, y ese hecho en sí obstaculiza la posibilidad de pensar en una agenda común de este campo para toda América Latina: por el momento, al menos. Por otro lado, el elenco variable de interrogantes que estos núcleos han venido privilegiando, en cada país de América Latina, es el producto de un conjunto amplio de factores, como la circulación o no de ciertas corrientes teóricas y metodológicas en esos países, la estructura del sistema universitario, la accesibilidad de los libros –y ello en función de políticas de traducción–, etc.

Desde la historia intelectual, la América Latina es vista más como interrogante que como punto de partida, en tanto la propia identidad de ese espacio es el producto de sucesivas instancias de debate por parte de las élites intelectuales del continente en torno a su existencia y sus posibles significados. Pensar una “agenda común” no solo no sería demasiado productivo en el momento actual, sino que ni siquiera aparece como posibilidad. Lo que sí puede existir, y existe en los hechos, es una confluencia entre agendas de investigación realizadas por distintos grupos de historiadores intelectuales, desde el interior de los campos históricos nacionales de los países donde están situados: el Centro de Historia Intelectual de la UNQ tiene relaciones de intercambio y diálogo continuadas en el tiempo y frecuentes con grupos paralelos en México, Brasil y algunos otros países de la región, por ejemplo. Y de esa confluencia emergen elementos programáticos que permiten fortalecer perspectivas transnacionales, continentales y aún globales. La noción misma de “conceptos nómades” que a partir de la obra de Olivier Christin y sus colaboradores ha buscado explorar los procesos históricos que necesariamente atraviesan fronteras nacionales (como parte de la propia historia conceptual), ha emergido de este tipo de confluencia transnacional –en Europa, y cada vez más entre Europa y América Latina–, y ha fortalecido el cuestionamiento al marco estrictamente nacional para enfocar los problemas históricos.

En cuanto a la referencia a Canavese, no cabe duda de que toda “configuración actual” de un campo es inherentemente inestable: la configuración que existe hoy no existirá, con las mismas características, dentro de cinco o diez años. Los historiadores estamos siempre situados en un tiempo histórico preciso –el de nuestro propio presente– y es desde allí que formulamos necesariamente nuestras preguntas, y en tanto cada presente sucesivo reconfigura las cartografías del pasado –y también las herramientas para estudiar esas cartografías–, no cabe

duda de que cualquier configuración académica o disciplinar de un momento dado, está condenada a ser pasajera. Y también reconozco que el esfuerzo por definir agendas de investigación nuevas o por criticar las existentes constituye también un elemento mediante el cual nuestra propia agencia como historiadores/as e intelectuales puede incidir sobre las formas hacia las cuales esa inestabilidad abra paso. La insatisfacción con el estado actual del campo de la historia intelectual que demuestra el artículo de Canavese es uno de los elementos que yo rescato de su artículo ya que la actitud crítica y el debate son siempre elementos provechosos para el desenvolvimiento de una disciplina.

En cambio, como dentro del campo de la historia intelectual la propia “función intelectual” se presenta necesariamente como interrogante y no como dato fáctico o normativo, no me parece que sea demasiado productivo proponer una agenda explícita de forma voluntarista acerca de cuál deba ser la función intelectual y mucho menos de cuál deba ser la forma “correcta” de ejercer el oficio de historiador de lo intelectual –algo que en el texto de Canavese se subentiende no puede sino ser la de una militancia política que defina de forma apriorística la necesaria agenda del intelectual dedicado a la historia intelectual–. Si bien la forma que asume su argumentación es sin duda sofisticada –y se basa en un análisis empírico detallado del campo de la historia intelectual tal como se presentaba al momento de escribir su artículo–, el trasfondo de su argumento es que el ejercicio mismo resulta insatisfactorio precisamente por representar una forma despolitizada de la actividad intelectual (“historiográficamente sublimada”, “hedonista un poco espiritualizada”). Difícilmente puedo estar de acuerdo con ese diagnóstico, en tanto parte de dos sofismas –harto trillados en el debate político-académico argentino–: a) que la condición de investigadores “profesionales” encuadrados dentro de instituciones formales dedicadas a la docencia y a la investigación es antitética a la acción

política; y b) que la agenda de investigación debe estar necesariamente orientada por las exigencias de una militancia política concreta –regida por una teoría “fuerte” en lugar de la “débil” o “ecléctica” (cuyos efectos positivos ella también señala en su texto)–, y no por las preguntas surgidas del propio ejercicio de la investigación. Existe una especificidad del trabajo intelectual que es irreducible a la política y viceversa: imponer las reglas de una actividad a la otra amenaza con ser deletérea para ambas. Lo cual no significa que el investigador académico deba renunciar a la militancia política, en tanto todas y todos somos ciudadanas y ciudadanos de nuestro “*vivere comune*” (común vivir), de nuestro “*vivere insieme*” (vivir juntos).

¿Cómo ve hoy la relación entre historia intelectual e intervención política? ¿Cuál es la función del intelectual, si eso fuera definible?

Elías Palti: Como decía antes, la relación entre intelectual y política no ha sido algo fijo o que pueda preestablecerse. En cada contexto histórico particular el intelectual ocupó distintas posiciones en la sociedad. Yendo a la situación actual, mi impresión es que el fenómeno que se viene produciendo en nuestro país, desde hace no muchos años, de mayor profesionalización de la producción académica, tiene efectos contradictorios. Por un lado, ha permitido una ampliación y profundización de los estudios en el área, pero también llevó a un alto grado de especialización que hace que los trabajos que se producen circulen en ámbitos mucho más restringidos. En todo caso, lo que me parece bastante evidente es que, al menos en nuestro país, la producción académica no tiene demasiada visibilidad pública ni incidencia sobre los grandes temas que se debaten en la sociedad. Otros ámbitos, como los medios de prensa, las redes sociales, etc., muy poco propicios para el debate intelectual, son infinitamente más influyentes hoy que todo lo que nosotros podemos llegar a decir o escribir. De todas formas,

no creo que esto sea tampoco algo que debamos lamentar. Siempre que los intelectuales intervenimos públicamente, que opinamos acerca de los asuntos colectivos, el resultado no necesariamente ha sido demasiado útil o beneficioso. En este terreno, nuestras opiniones no se han revelado más acertadas que las de cualquier otro. Creo que esta creciente marginalidad de la voz de los intelectuales vueltos académicos profesionales es, en cierto sentido, un buen correctivo a las pretensiones del intelectual clásico de que el hecho de conocer algo sobre ciertos temas le confiere una autoridad superior al resto de la sociedad acerca de cómo ésta debe gobernarse o cómo debe pensar. Esto es, el imaginar que a éste le cabría naturalmente el papel de dictaminar al respecto, idea que tiene también en su base una serie de supuestos cuyos orígenes y fundamentos conceptuales le toca a la historia intelectual tratar de desentrañar.

Jorge Myers: Esta pregunta es muy parecida a la última parte de la anterior, de modo que trataré de no repetir lo ya dicho. La historia intelectual realizada con rigor teórico y metodológico puede contribuir directamente a la acción política en el presente, en tanto se propone recuperar el sentido pretérito de los conceptos y de los discursos: ello puede servir como correctivo a los lugares comunes y tergiversaciones que pueblan la retórica política en todas partes –no sólo en la Argentina– y dificultan la construcción de agendas concretas para un cambio social encaminado hacia formas de vida más justas para el conjunto de la población. Si no se conoce el sentido de las palabras que se emplean, si no se aprecia su historia y su gama de resonancias semánticas, si no se reconoce que todo discurso moviliza capas complejas de sentido y que la contradicción fortuita puede a veces ser tan productiva como la coherencia o la sistematicidad, pensar nuevas vías para abordar las problemáticas más acuciantes del presente resultará tanto más difícil, cuando no imposible, de lograr. Entonces, una historia intelectual realizada con rigor académico, basada en un trabajo de

pesquisa intenso, puede –sin renunciar a los fueros de la propia actividad intelectual e historiográfica– ser al mismo tiempo una herramienta para la militancia política.

El trabajo de investigación no equivale de por sí a una renuncia a la militancia política, ni siquiera el trabajo que realizan los historiadores especializados en los discursos y conceptos del pasado. No obstante, la undécima tesis sobre Feuerbach, Marx pasó décadas encerrado en la Reading Room de la British Library en aras de perfeccionar su propia teoría: un trabajo dentro del cual el propósito de entender las diferencias que separaban los conceptos de lo económico en la antigüedad o en el medioevo de las que él creía aprehender en su propia época, no fue una tarea menor. El investigador –riguroso y atento a las normas de validación del saber que rigen dentro de su disciplina– puede ser también un militante, así como el trabajo intelectual –en este caso la historia intelectual– puede ser a su vez una herramienta para esa militancia, siempre y cuando las esferas específicas de cada actividad sean respetadas. En cambio, pretender subordinar la práctica de investigación a una agenda política formulada a priori obturaría la posibilidad de esa eficacia como herramienta, al hacer violencia al propio funcionamiento del trabajo disciplinar. Mi opinión, al menos, es ésta: la historia se investiga movilizada por preguntas, y la única pregunta válida es aquella que esté en condición de arrojar respuestas que antes de formularla no imaginábamos. En cambio, hacer trabajo histórico para confirmar aquello que ya se creía –descartando como evidencia cualquier respuesta que no se corresponda a ese saber previo– es la antítesis del oficio del historiador.

Seres situados en el espacio y en el tiempo, la función intelectual será aquella que las condiciones de posibilidad de cada época, y las pasiones inteligentes de cada uno, permitan. En trabajos previos he buscado definir a priori lo que constituye la función intelectual –por razones heurísticas, pedagógicas– pero estoy cada vez más con-

vencido de que esa función –tan cambiante en el tiempo como todo lo humano– debería ser descripta según cada caso analizado, y ello mediante una descripción densa atenta siempre a la especificidad del momento histórico y del contexto geográfico, cultural, social en que se ejerció. Esto lo pienso en tanto historiador. En tanto ciudadano, sospecho que la función intelectual en los tiempos que corren –al menos aquella más productiva– consiste básicamente en una duda metódica aplicada al universo discursivo que constituye nuestro contexto actual –tanto a aquella franja cuyos valores aceptamos y celebramos (en mi caso, los que suelen denominarse, de forma amplia e imprecisa, “progresistas”) como a aquella cuyos valores nos resultan denostables–. Sin una interrogación incesante y profunda acerca de aquello que nos constituye como comunidad, acerca de qué es lo justo y qué lo injusto, acerca del poder, sus alcances y sus límites, y acerca del propio rol dentro de este “vivir juntos” que es toda comunidad política, no habrá república posible, ni devenir. No solo para quien se especializa en las tareas de la inteligencia universitaria, sino para todo ser humano dotada/o de todas sus facultades, pensar es un deber ético, una obligación y no un pasatiempo. Pensar es hacer, o al menos una forma tan válida de hacer como cualquier otra. Y más potencialmente ética que muchas.

